

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo XVII después de Pentecostés.

Más sobre la unión de los cristianos.

HERMANOS míos carísimos: Nada hay en el mundo más apetecible ni más provechoso que la paz, ó sea la unión íntima de los hombres entre sí y de todos con Cristo nuestro Señor. El Apóstol San Pablo, dominado y como enloquecido con este sublime y fundamental pensamiento, la recomienda en la Epístola de este día á los fieles de Éfeso, y después de indicarles *los medios* eficaces para obtener dicha paz ó dicha unión con Cristo, cuales son «*vivir con tu humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándonos los unos á los otros en caridad, pasa á proponerles los motivos, y les dice de esta manera:*

Hermanos: sed solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz. No sois más que un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados á una misma esperanza. Todos tenéis un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo, un solo Dios y Padre de todos que está sobre todos, que gobierna todas las cosas, y en todos nosotros y que es bendito en los siglos de los siglos. Amén.

¡Qué palabras! amados míos; dos cosas sobresalen en ellas.

1.º La paz y unión que ha de haber entre los cristianos.

2.º Los motivos que á ello nos obligan.

Quiera el Señor que yo acierte á explicaros sencillamente estos dos puntos, pues son de altísima importancia, no sólo para la vida espiritual, sino también para la meramente social y de familia.

PUNTO 1.º

DE LA UNIÓN Y PAZ ENTRE LOS CRISTIANOS

La paz es el bien supremo en los individuos, en las familias y en las naciones. La paz—dijo San Agustín—es *la tranquilidad del*

orden. Allí donde todo está ordenado, allí está el dedo de Dios, allí está el bien, allí está la felicidad, allí está Dios mismo; pues, como dijo San Bernardo, «Dios es la misma paz, y donde está El, todo lo tranquiliza» (1).

Por eso Jesucristo, siendo Dios y hombre verdadero, fué llamado por Isaias, *Príncipe de la paz* (2), y el profeta Miqueas añadió que «*Jesucristo es la paz misma.*» (*Erit iste pax.*—Cap. V, 5.)

Por eso el mismo Jesucristo, al dejar este mundo, legó á los suyos, como en testamento, la paz, diciendo: «*La paz os doy; la paz mía os dejo* (3).» Como si dijera: «Me doy á vosotros; me doy á mí mismo; para que llevándome en vuestro corazón, observéis mis mandamientos y tengáis paz.

Por eso San Pablo, divinamente inspirado, dijo á los Tesalonicenses: «*El Señor de la paz os dé El mismo la paz, siempre y en todo lugar* (4).» Es decir, que Jesucristo es el autor de la paz interior que regocija la conciencia de los justos; es el Rey de los corazones que los inunda de paz espiritual y de indecibles consuelos. ¡Oh Cristo, Rey de nuestro corazón, bendito seas!

Por eso añade el mismo San Pablo: «*El reino de Dios no es comida, ni bebida, sino justicia, y paz, y alegría en el Espíritu Santo* (5).» «*Tened paz—dice—y el Dios de la paz y de la caridad será con vosotros* (6).»

Por eso, finalmente, en la Epístola de este día, nos advierte á todos el grande Apóstol: «*Sed solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz.*» (*In vínculo pacis*), (7).

Notad bien, amados míos, el alcance de estas palabras. No dice el Santo que guardemos *simplemente la unidad del espíritu*, sino que expresa y quiere que la guardemos *con solícitud (solliciti)*; esto es, con grande empeño y cuidado, como cosa importantísima para nosotros; por lo cual ya dijo antes: «*Es preciso que andéis dignamente con toda humildad y mansedumbre, con paciencia soportándoos los unos á los otros en caridad.*» (Versos 1 y 2.) Como diciendo: «Este es el modo de obtener la paz.»

(1) Tranquillus Deus tranquillat omnia; et quietum aspicere, quiescere est. (San Bern. Sermon. XXIII, in Cant.)

(2) Princeps pacis. (Isaí., IX, 6.)

(3) Pacem relinquo vobis, pacem meam de vobis. (Joann., XIV, 27.)

(4) Ipse autem Dominus pacis det vobis pacem sempiternam in omni loco. (II III, 16.)

(5) Non est regnum Dei esca et potus, sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto. (Rom., XIV, 17.)

(6) Pacem habete, et Deus pacis, et dilectionis erit vobiscum. (II Corint., XIII, 11.)

(7) Solliciti servare unitatem spiritus in vínculo pacis. (Ephes., IV, 3.)

¿Qué significa el grande Apóstol por aquellas palabras: *Conse-
var la unidad del Espíritu?* San Crisóstomo dice, que «es conservar
la Caridad mutua, cuyo autor es el Espíritu Santo»; y también,
añade Cornelio à Lápide, denota conservar entre nosotros la unidad
del espíritu, esto es, la unidad de pensamientos, de aspiraciones y
deseos; la unidad de corazones, amando todos lo bueno y aborre-
ciendo todos lo malo, amando todos á Dios, y á Cristo nuestro
Señor, y á su Iglesia santa de tal suerte, que aunque seamos dis-
tintos individuos, con diversos cuerpos y diversas almas, sin em-
bargo, formemos *una sola cosa en el espíritu*, identificados con el de
Cristo nuestro Redentor.—*Cor unum et anima una.*

Y cuando el Santo Apóstol añade, que dicha unión ha de ser
hecha *en vínculo de paz* (*In vinculo pacis*), es como si dijera: «La
paz que procede de Dios Padre, la paz que nos viene por Dios
Hijo, la paz que nos infunde Dios Espíritu Santo, la paz, dádiva
preciosa de Dios uno y trino, ha de ser el vínculo ó cadena, que en-
lace nuestros corazones entre sí, y á todos con Dios. «*Esforzaos,
sed solícitos en conservar la unidad del espíritu en vínculo de paz.*»
(*In vinculo pacis.*)

Hermanos míos, ¡qué lección tan importante! ¿De dónde nos
vienen todos los males sino de la falta de unión en nuestros cora-
zones, y de la falta de paz en nuestras relaciones sociales y de fa-
milia? ¿De qué precio debe parecernos dicha unión, cuando á ella
se refiere todo cuanto Dios ha hecho por el hombre, tanto en el or-
den de la naturaleza como en el de la gracia? A ella se refiere la
grande obra de la Redención del linaje humano y la creación del
mundo para morada del hombre. Repárese esto bien, que no sé yo
si muchos lo ignoran.

Consideremos atentamente todo lo que el Señor ha hecho en el
orden de la gracia, examinemos cuál es el cuerpo de la Iglesia,
cuál su espíritu, cuál su esperanza, cuál su cabeza, cuál su fe,
cuáles sus sacramentos, y encontraremos que todo nos predica *la
unión* más íntima, más tierna y más sólida. Considerémoslo un mo-
mento, para que veamos claros los motivos que nos están obligando
á la unión que tanto nos recomienda el Apóstol en la Epístola de la
presente Dominica. ¡Ojalá que nos penetremos bien de esta ense-
ñanza!

PUNTO 2.º

MOTIVOS DE UNIÓN ENTRE LOS CRISTIANOS

Dice primeramente San Pablo: «Hermanos, *no sois más que un
solo cuerpo.*» (*Unum corpus.*) Como si les dijera: «Reparad que des-
pués de la Encarnación del divino Verbo, y cuando ya Jesucristo,
Dios y hombre verdadero, habitó con nosotros, desapareció el muro
que existía entre judíos y gentiles; desapareció, con la sangre de
Jesucristo, la enemistad que los dividía, y todos formáis un solo
pueblo, una sola Iglesia, un solo cuerpo moral, cuya cabeza es el
mismo Cristo (1). Pues bien; si somos todos uno, ¿por qué nos he-
mos de dividir y despedazar como fieras?

¡Qué unión es la nuestra, amados míos! La sangre preciosísima
de Jesucristo, derramada con su amor infinito por los hombres en el
madero Santo de la Cruz, es la que une á todos los fieles, á todas
las familias, á todos los pueblos, á todas las naciones del mundo,
para que todos juntos formen una sola Iglesia, un solo cuerpo mo-
ral, bajo una sola Cabeza, Cristo nuestro Señor! ¿Hay algún vínculo
más estrecho que el de la sangre, ó alguna unión más íntima que la
establecida entre los miembros de un mismo cuerpo? Si en lo natu-
ral se considera como un monstruo sin entrañas al que reniega de
su propia sangre, y no se une, y ama, y defiende y socorre á sus
parientes, ¿habrá de ser menos eficaz la sangre de un Dios-hombre
para obligarnos á vivir íntima y estrechamente unidos en su aman-
tísimo y dulcísimo corazón? Si los miembros de un mismo cuerpo
jamás quieren separarse, y se soportan y se ayudan mutuamente
en todas sus necesidades, en especial cuando alguno se halla en-
fermo, ¿qué habremos de pensar de los cristianos entre sí, miem-
bros verdaderos del cuerpo de Jesucristo, cuando se muestran crue-
les unos con otros, y se apartan, y se despedazan y abominan? ¿Hay
corazón que sufra tamaña desventura?

Pero aún hay más aquí; pues así como los diversos miembros
del cuerpo se hallan todos regidos y vivificados por un solo espíritu,
así también—añade el Apóstol—todos los cristianos han de vivir
en perfecta unión y concordia, como animados, impulsados y regi-
dos por un mismo Espíritu, el Espíritu de Cristo, ó sea el Espíritu

(1) Facti estis prope in sanguine Christi... qui fecit utrumque unum... solvens inimi-
citas in carne sua. (Ephes., II, 13.)

Santo, que impera, rige y gobierna la Iglesia inmaculada. (*Unus spiritus.*)

Es decir, que no es solamente la sangre de Jesucristo la que nos une á los cristianos, sino también su *Espíritu divino*, el Espíritu Santo, que fué dado á los primeros cristianos en el día de Pentecostés, y que á nosotros se nos da en el santo Bautismo, y en la Confirmación, para que todos formemos como un solo corazón y una sola alma, con unos mismos pensamientos, afectos y deseos, como llamados, según añade el Apóstol, á una misma esperanza. (*In una spe vocationis vestrae.*)

¡Hermosa doctrina! *Un solo cuerpo, un solo Espíritu, una sola esperanza!* ¡Qué tres motivos de unión! Hermanos míos: si estamos unidos como miembros de un mismo cuerpo; si todos nos movemos á impulsos de un mismo Espíritu, y este Espíritu es el Espíritu Santo, Espíritu de amor, ¿es posible que no haya entre los cristianos perfecta armonía, perfecta concordia, perfecta paz y perfecta caridad? ¡Qué dichoso sería el mundo si se observara, como es justo, la ley de Jesucristo!

Dejaos, ¡oh hombres! de gobernar vuestras acciones por el espíritu del mundo, y por el espíritu de vuestras concupiscencias, que es el espíritu de Satanás; someteos al Espíritu de Jesucristo, ó sea al Espíritu Santo, que es todo dulce y substancial amor. Dejaos gobernar por El; entregadle todas las potencias de vuestra alma; vuestro entendimiento para que lo ilustre; vuestra voluntad para que la mueva; vuestro corazón para que lo lleve; todo vuestro ser, para que lo dirija y viváis en perfecta unión con el cuerpo de la Iglesia y de Jesucristo, de quien sois miembros. Acordaos que sois llamados á una misma esperanza; esto es, á una misma recompensa, á ser todos ciudadanos del cielo, y á vivir unidos eternamente. Si vuestro fin es la unión, ¿por qué ha de haber división?

¡Oh, si ciertas gentes consideraran bien esto! Hay personas que, llenas de vanidad ó de orgullo, ora por sus riquezas, ora por su ciencia y poderío, ora por su autoridad y posición social, desdeñan unirse íntimamente á los pobres y huyen de su trato, sin reparar que por indigentes que se hallen, son, como ellos, hijos de Dios, hermanos suyos en Jesucristo, miembros del mismo cuerpo, dignificados con el mismo Espíritu y llamados al mismo cielo. ¡Quién sabe, si ese pobre y ese pequeñuelo á quien ahora desprecian, estarán otro día en las mansiones celestiales, en grado mucho más refulgente que todos los grandes de la tierra!

Reparad bien, hermanos míos, que delante de Dios no valen

las preeminencias y diferencias terrenas; allí todos los hombres, ricos y pobres, grandes y pequeños, alegres y afligidos, todos somos llamados á poseer al mismo Dios, á gustar la misma felicidad, á llevar la misma corona, á embriagarnos con el torrente de las mismas delicias, á vivir en la misma sociedad, á cantar las mismas alabanzas; pues todo esto significa el Apóstol cuando dice en nuestra Epístola: *Todos somos llamados á la misma esperanza.* (*In una spe vocationis vestrae.*)

Muchos son los que se llaman señores en el mundo, exigiendo de sus semejantes casi honores divinos; pero en realidad todos somos hermanos, y como hoy dice el Apóstol, *uno solo es el Señor.* (UNUS DOMINUS.)

Un solo Señor, que con amor paternal reparte sus gracias á los hombres con distinta medida: á unos hace Apóstoles, á otros Profetas, á algunos Evangelistas, á muchos otros Doctores y Pastores. (Ephes., IV, 11); no por sus méritos personales, sino por pura donación de Dios, para que ninguno se envanezca y todos vivamos dependientes de El, porque *uno solo es el Señor.* (UNUS DOMINUS.)

Un solo Señor, para que ordenándolo todo *uno solo* haya unidad en la santa Iglesia, y aunque son diferentes los dones, estados y oficios que Jesucristo estableció en ella, todos, sin embargo, conspiren al mismo fin, el cual, como dice el mismo Apóstol, es que todos lleguemos á la unidad de la fe, á la unidad de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, á la unidad de un hombre perfecto, á la unidad de la plenitud de Cristo. (Ephes., IV.—UNUS DOMINUS.)

Un solo Señor, para que entendamos que una sola es la doctrina verdadera, la doctrina de Jesucristo, Señor único del universo, y que no nos dejemos traer y llevar por todo viento de doctrina, enseñada por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para propalar sus errores, sino que mirando todos á Jesucristo, digamos: «Todos somos suyos, El es todo nuestro, El es todo para todos, El es nuestro único Señor.—UNUS DOMINUS.

Un solo Señor, para que siguiendo todos la misma verdad, y caminando en caridad, crezcamos en todas las virtudes, hasta llegar á aquella correspondencia que debemos tener los miembros con nuestra cabeza, Cristo Jesús. (Ephes., IV, 14 y 15.) UNUS DOMINUS.

Un solo Señor, para que nadie ignore que Jesucristo es en el cuerpo de la Iglesia, el único Principio de la vida, de la acción y del aumento espiritual de cada uno de los miembros, como lo es la cabe-

za en el cuerpo humano. Nosotros crecemos por Jesús, y Jesús, ó sea su cuerpo místico, crece por nosotros tanto como nuestras virtudes crecen. El aumento de fuerzas en cada uno de los miembros hará que el cuerpo de la Iglesia vaya siempre creciendo hasta su última perfección; porque uno es el Espíritu y uno es el Señor. (UNUS DOMINUS.)

Pensemos, pues, que la unidad y la unión entre los hombres es el fin que Jesucristo se propone en las gracias que nos otorga, para que trabajemos con ellas y seamos todos una sola cosa en su amantísimo corazón. Pensemos que no hay más de *un Señor*, que todos debemos hacer su voluntad divina y no la nuestra, ó más bien, que no debemos tener otra voluntad que la suya; y de esta suerte tendremos también todos un mismo querer, el querer de Dios, realizado en nosotros por modo inefable, misterioso, magnífico.

He aquí por qué—añade el Apóstol en nuestra Epístola—que «no hay más que una sola fe, un solo Bautismo, un solo Dios, y Padre de todos, que está sobre todos, que gobierna todas las cosas y en todos nosotros.»—(Ephes., IV, 5 6)... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué palabras dignas de meditarse todos los días de la vida, como base de nuestra unión en Cristo Jesús!

Una fe para todos los hombres; *una fe* para todos los países; *una fe* para todos los tiempos; *una fe* en orden á su principio y á su motivo; *una fe* en orden al conjunto de artículos que propone á todos los fieles; *una fe* en orden á su uniformidad en toda la Iglesia; *una fe* en orden á la adhesión que á ella tienen todos los cristianos. *Una fe*, porque reunió en un mismo sentir las diferentes sectas en que se hallaban divididas las escuelas de los filósofos... ¡Cuánta maravilla significa el Apóstol con estas dos palabras: *Una fe*. (*Una fides*.) ¿Es posible que los católicos se hayan de dividir por cosas accidentales, que Dios nuestro Señor dejó libres á las disputas de los hombres? Es preciso, pues, que haya, *en lo accesorio, libertad; en lo dogmático, unidad, y en todo, caridad.*

¿Por qué? Porque todos hemos recibido *un solo Bautismo*; (UNUM BAPTISMA); porque en virtud de él, todos somos hijos de Dios, todos hermanos en Jesucristo, todos herederos de la patria celestial, todos participamos de los mismos sacramentos y á todos nos está reservado el mismo cielo. Es más; porque «*hay un solo Dios y Padre de todos, que es sobre todos, y que extiende su providencia á todos, y que está en todos*».

En resumen: Dios quiere la unión íntima entre todos los cristianos; la Iglesia nuestra Madre nos la propone en la Epístola de

este día; y cuantas palabras emplea el Apóstol en ella, son otras tantas razones que nos inducen á dicha unión. Es como si el Apóstol dijera: «Esto pide de nosotros la unidad de la Iglesia, de quien somos miembros: UN SOLO CUERPO, cuya cabeza es Cristo.»

UN SOLO ESPÍRITU, que rige á la Iglesia, y que se extiende á todos y á cada uno de los miembros, que somos nosotros, comunicándonos vida y movimiento espiritual.

UNA SOLA ESENCIA DIVINA, á cuya posesión somos llamados todos los cristianos, ó lo que es lo mismo, una sola felicidad, á la cual tendemos todos y esperamos conseguir todos.

UN SOLO SEÑOR; esto es, un solo Jesucristo, de quien somos todos siervos redimidos con su sangre preciosísima.

UNA SOLA FE, que todos profesamos, ó sea un solo Símbolo, un solo dogma y unos mismos misterios, que todos creemos.

UN SOLO BAUTISMO, el bautismo de Cristo, por el cual todos renacemos.

UN SOLO DIOS, que á todos nos crió de la nada, que es Padre amoroso de todos, y que á todos nos sostuvo con su poder, nos rige con su Espíritu, nos conserva con su Providencia y nos llena con su inmensidad.

Por consiguiente, ante la grandeza, sublimidad y magnificencia de esta Epístola, sólo nos resta inclinar humildes nuestra frente, y decir: «Señor y Dios nuestro, cuyo Espíritu obra en todos nosotros, y en quien vivimos, nos movemos y existimos, haced por vuestra misericordia que todos tengamos un solo corazón, una sola alma, un solo espíritu, y que todos vivamos con paz en esta vida, y después reinemos con Vos eternamente en el cielo. Amén.»

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo XVIII después de Pentecostés.

Del agradecimiento á Dios.



MADOS hermanos míos: El grande y glorioso San Pablo, en la Epístola de la presente Dominica, se muestra, como siempre, sublime y arrebatador. Sabía que muchos de los fieles de Corinto se hallaban ricos en dones de la gracia de Dios; sabía que